

... Y en verano dejadles en paz

Dos y dos, cuatro; cuatro y cuatro, ocho. Ocho y ocho suman dieciséis... ¡Repetid!, dice el maestro. Dos y dos, cuatro; cuatro y cuatro, ocho. Ocho y ocho suman dieciséis. Al otro lado de la ventana una golondrina rasga el cielo. El niño la ve, el niño la oye, el niño la llama: «Sálvame, golondrina, y juega conmigo». Y el pájaro desciende y juega con el niño. Dos y dos, cuatro... ¡Repetid!, dice el maestro. El niño juega y el pájaro juega con él. Cuatro y cuatro, ocho; ocho y ocho suman dieciséis y dieciséis y dieciséis ¿cuántos suman? No suman nada dieciséis y dieciséis y sobre todo no suman treinta y dos. El niño ha escondido el pájaro en su pupitre y toda la clase escucha sus trinos y todos los niños escuchan su música y uno y uno ya no suman ni uno ni dos porque los niños están a otro loro y el profesor se desencaja y grita: «Cuándo empezáis a prestar atención». Y las paredes del aula se derrumban tranquilamente y como si tal cosa y los cristales de las ventanas se convierten en arena y la tinta se convierte en agua y los pupitres se transforman en árboles y la tiza se convierte en rocas y el lapicero se convierte en pájaro, y la bombilla grande se convierte en un sol de media mañana. Y llegan las vacaciones.

Lo proclamaban los versos de Prévert y el Libro del Eclesiastés: hay un tiempo para cada cosa, hay un tiempo de nacer y tiempo de morir, tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado. tiempo de matar y tiempo de curar, tiempo de destruir y tiempo de edificar, tiempo de llorar y tiempo de reír, tiempo de lamentarse y tiempo de danzar, tiempo de esparcir las piedras y tiempo de amontonarlas, tiempo de abrazarse y tiempo de separarse, tiempo de buscar y tiempo de perder. tiempo de guardar y tiempo de tirar, tiempo de rasgar y tiempo de coser, tiempo de callar y tiempo de hablar, tiempo de amar y tiempo de aborrecer. tiempo de guerra y tiempo de paz. Hay tiempo para el estudio y tiempo para la diversión, para vaciarse en los márgenes de la rutina, para subvertir los hábitos y retorcer el cuello a la costumbre. Eso era para los latinos la diversión: vertirse en otra cosa, acomodarse en el exotismo de lo diverso, de lo distinto, de lo eventual. Divertirse es tanto como vagar con la brújula loca. Vagar. Vacacionar. En vacaciones dos y dos no suman nada, al menos, dos y dos no suman cuatro. Y ¡ay! de aquel que escandalizare a un niño amueblándole el verano con la prosa obscena de los logaritmos, con el exabrupto irreverente de los análisis morfológicos envueltos en libros de texto con el pretexto de una evaluación que quedó pendiente. ¡Ay! de aquel que extorsionare a un niño negándole el aire libre, el vuelo de los pájaros y el estrépito de las olas contra una roca por negarse a aprender en pleno mes de agosto el proceso electrolítico del agua acidulada. No se trata de quitar importancia al plasmodio, no está de más que el escolar aprenda las características generales de los protozoos, bien está conocer la fórmula del movimiento uniformemente variado pero, mire usted que invoco el Eclesiastés, cada cosa a su tiempo y los nabos en Adviento. En verano que no haya más clase de inglés que descifrar el mensaje encontrado en una botella de una teenager de Southampton, ni más clase de Botánica que el experimentar el empirismo de la urticaria que producen las ortigas cuando los niños juegan a indios y vaqueros sobre una campa del Norte, ni más clase de Física que observar sobre el terreno cómo las casas encaladas de Salobreña guardan en su interior temperaturas agradables porque la cal rechaza las radiaciones solares. El verano es un maestro que practica el antiguo librito del enseñar deleitando. «La vara y el castigo -dice el Eclesiastésdan sabiduría». También dan la neurosis, el resentimiento..., esas cosas que envejecen a los niños. Las vacaciones les dan la oportunidad de comprobar que el mundo bajo el sol es un gran encerado donde se explica el mundo con fórmulas sencillas. Maestros, padres, gentes de orden, hubo un tiempo, recuerden, en que el orden y la buena crianza mandaban respetar el desorden armónico del solsticio de verano y los hombres sabían que

hay que respetar los ciclos de los astros. Eran entonces los hombres como niños y había cultura y había civilizaciones, pero no había psicólogos que tuvieran que atender inexistentes secuelas de la angustia. El mundo estaba entonces todo el año de vacaciones y se hicieron pirámides y se hicieron colosos, y se hicieron los jardines colgantes de Semíramis, y se escribieron libros que perduran como clásicos. Ya no es posible el Edén y todo manda que hay que perderse por los oscuros médanos de ser más que los otros, pero arriba, en el cielo, todo sigue su curso inmutable y atávico. Al menos en verano hay que dejar que el fuego de las hogueras de San Juan crepite en los ojos, en los niños. Ya llegará septiembre para anudar los cabos rotos de la norma, para que el niño siga estudiando el desarrollo de los huevos heterolecitos. En julio y en agosto, en vacaciones, es bastante más productivo descubrirle cantando tonterías: «Yo tengo un moco / y me lo saco poco a poco./Lo redondeo / y lo miro con deseo...» En julio y en agosto la corteza terrestre no se llama Litosfera, sino el huerto del tío Canuto, su espesor no se calcula entre los 40 y 60 kilómetros, sino en los doce o trece metros como mucho que dicen que tiene la cueva de la culebra. Allí Falele encontró un día el puño de una espada, que según cuentan, perteneció a un primo del rey Recesvinto.